

DOMINGO MARCHENA

EL DIA

Y LA NOCHE

MUCHOS DE ELLOS se conocieron en los duros tiempos de la Resistencia, cuando la Francia ocupada luchaba contra Hitler. Los años han debilitado sus músculos, pero no su espíritu de combatientes. Anteayer volvieron a demostrarlo, aunque no estaban en suelo patrio. De hecho, no estaban en el suelo. Volvían a Barcelona en barco.

Desde cubierta, y vistos de lejos, se podría pensar que eran japoneses, porque iban en grupo. Pero eran franceses, descendientes de los constructores de la línea Maginot. Militares de alta graduación, funcionarios y empresarios, todos jubilados y todos juntos. Especialmente a mediodía, cuando se libraba la batalla más dura del día: la lucha por la comida en el abarrotado "self service". Aquí no se trataba de ganar terreno contra un ejército invasor, sino de no perder el puesto en la cola.

El "Ciudad de Sevilla", el escenario de las escaramuzas, es uno de los cinco barcos con los que Transmediterránea cubre el trayecto entre Barcelona y las Baleares. Tiene una capacidad máxima de 982 pasajeros en invierno, aunque la Dirección General de la Marina autoriza que su capacidad aumente hasta 1.300 personas entre el 1 de mayo y el 5 de octubre. "Más pasaje, menos carga, igual seguridad", comenta Israel Rodríguez, jefe de la flota de Baleares.

El pasado martes se embarcaron en Palma

Puñetazos a la mar

de Mallorca, rumbo a Barcelona, 1.100 pasajeros. A bordo iban los animosos jubilados franceses, de entre 66 y 80 años, que concluían su estancia de ocho días en España. A la hora del almuerzo, que se tuvo que realizar en dos tandas, los turistas esperaban su turno, ondeja en ristre. Una señora y su hija intentaron colarse, o al menos eso entendieron ellos. René Mejean, de 77 años, teniente coronel de Aviación y caballero de la Legión de Honor Francesa, agarró a la joven por el

hombro y la echó respetuosamente hacia atrás. Con menos sentido de la elegancia, pero mucho más efectiva, la niña le pegó un mordisco y logró ganar su posición.

La cosa no hubiera ido a mayores si veinte minutos más tarde no se hubiera presentado un hombre de unos 30 años, español, presumiblemente familiar de la cría de la dentellada, que se lió a mamporros. Por si fuera poco, a la llegada a Barcelona, el pasajero que inició la pelea denunció a cuatro de sus supuestos contrincantes: **Antoine Rozoy**, **Guy Ossner**, **Roger Devillechabrolle** y el oficial retirado, alguno de ellos antiguo miembro del Miquis.

La policía detuvo a los cuatro ancianos, aunque nadie les habló en su idioma hasta horas después, cuando llegaron a comisaría los abogados **Luis y Berta del Castillo**. Los letrados lograron que sus patrocinados, que quedaron detenidos, no tuvieran que dormir

en los calabozos y fueran sometidos a un examen médico, ya que hasta entonces nadie había reparado en que también ellos presentaban heridas. Por la mañana, los trasladaron directamente a la Audiencia.

El juez de guardia, **Ramón Macià**, los dejó en libertad. Sus compañeros de viaje los recibieron como auténticos héroes. Los recién excarcelados sonreían, posaban y hacían el signo de la victoria con los dedos. Sólo faltó que cantaran la Marsellesa.



La cola del "self service" originó una pelea entre pasajeros

